

LAZARO PEÑA

SEMBLANZAS PERIODISTICAS

I.Lázaro, por siempre entre nosotros.

Evelio Tellería Alfaro

Mayo 2008 .

Con sólo observar tan siquiera una vez la firmeza de sus principios, su optimismo y jovialidad, la hombradía en difíciles circunstancias y la lealtad incondicional a sus hermanos de clase, todo aquel que conocía a Lázaro Peña González se percataba de tener ante si a un líder natural e inconmensurable.

Humilde como la cuna en que nació un 29 de mayo hace 95 años, fue su vida forjada en la dura escuela de una sociedad injusta que lo explotaba y discriminaba por ser pobre y negro. Cuando le asomaba la adolescencia se vio obligado a laborar en diversas ocupaciones de una fábrica de tabacos en La Habana. Ese fue su contacto con el proletariado en cuyo seno conoció la ideología marxista-leninista. Y no solo la aprendió, sino que la llevó a la práctica como dirigente comunista y sindical que organizaba huelgas, enfrentaba a patronos y desenmascaraba a opresores y traidores.

Fue *Lázaro Peña* quien junto a otros luchadores obreros emprendió la titánica tarea de cohesionar a todos los trabajadores cubanos en un solo haz para cristalizar el anhelo de combatientes proletarios que le antecedieron en otras

épocas.

Así nació la *Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC)*, en 1939. La autoridad, el prestigio, honradez y agudeza política reconocidas en Lázaro por las masas, le hicieron merecedor del voto para ocupar la secretaría general de esa organización.

Desde entonces fue aun mayor su vínculo con los de su clase en mítines, desfiles, fábricas, talleres y asambleas donde más allá del discurso, dialogaba de tú a tú con los que sudaban la camisa.

A ellos los representó y defendió ante los gobiernos burgueses de turno. A ellos los alertó contra las artimañas y calumnias divisionistas que solo favorecían a los reaccionarios y explotadores al servicio del imperialismo yanqui, los mismos que hoy, con otros rostros, cuestionan la unidad monolítica que siempre ha caracterizado a nuestra clase obrera.

Lázaro hoy también nos diría: *“Nuestra lucha es por el auge continuo de la economía, la cultura, la ciencia, la defensa, la elevación del nivel de vida del pueblo cubano. Batallamos para salvaguardar, consolidar, ampliar, multiplicar la propiedad común socialista, alzamos la bandera de la disciplina en el trabajo, de la elevación del nivel técnico y educacional”*.

Su legado y fe en el futuro siguen y seguirán siendo guías en las tareas que lleva a cabo hoy el pueblo trabajador. Este 29 de mayo, a noventa y cinco años de su natalicio, le tributamos homenaje al recordar su ejemplo de consagración y lealtad a la Revolución

II.El insigna capitán de la clase obrera cubana

Rosa María Godoy

Mayo 2017

Con una manera sencilla y natural dialogaba con las masas y las movilizaba para cuanta tarea fuera necesaria. Era un verdadero líder obrero, sencillo, humilde y ejemplo para todos. Por eso se ganó el merecido calificativo de El capitán de la clase obrera cubana.

Nació pobre, en La Habana, el 29 de mayo de 1911 y como todo niño, tuvo un sueño: ser violinista, el cual no pudo realizar.

Hijo de una despalilladora y huérfano de padre, en medio de una sociedad injusta, tuvo que renunciar desde muy temprana edad a los sueños y a la infancia para ganarse el pan. Apenas con diez años ya andaba entre los desposeídos, pues con esa corta edad se convirtió en aprendiz de herrero, carpintero, y albañil. Luego como constructor, y operario en una fábrica de tabacos. En este último ramo en 1929, a los 18 años, ingresó al Partido Comunista de Cuba.

Dirigente sindical de base, Lázaro Peña organizó paros, y sufrió cárcel. En la huelga de agosto de 1933 contra el tirano Gerardo Machado, extendió su liderato a los paraderos de ómnibus y tranvías de la Víbora. Los tabaqueros lo quisieron para secretario general de su sindicato provincial en 1934. Su extensa biografía consagrada a la causa revolucionaria

recoge que fue el primer Secretario General de la Confederación de Trabajadores de Cuba, hoy Central de Trabajadores de Cuba, CTC. Así lo evoca Silvio Jova, estudioso del movimiento obrero cubano.

Lázaro Peña fue un antiimperialista por excelencia, y defendió siempre las causas de los pueblos explotados y oprimidos, al tiempo que alertaba sobre los peligros que acechaban a Cuba a solo noventa millas del gigante de las siete leguas, como denominara Martí al imperialismo yanqui.

En los primeros años de la Revolución retornó a la dirección de la CTC hasta 1966, cuando asumió responsabilidades al frente del Departamento de Organizaciones de Masas del Partido Comunista de Cuba. A propuesta de los trabajadores, en 1973 fue elegido nuevamente Secretario General durante el XIII Congreso obrero, unos cuatro meses antes de fallecer, el 11 de marzo de 1974.

Durante el sepelio del líder sindical, el Comandante en Jefe ratificó que como una vez había dicho que en el pueblo hay muchos Camilo, *“hoy decimos que entre los trabajadores hay muchos Lázaro. A ellos corresponde continuar su obra”*. De igual forma sentenció de manera enérgica como con su muerte, se multiplicarían sus ideas y así lo manifestó cuando dijo *“Aquí no venimos a enterrar a un muerto, venimos a depositar una semilla”*.

“Fallece Lázaro pero deja trazadas las líneas de trabajo y estuvo hasta el último momento trabajando en la implementación de los acuerdos de aquel Trece Congreso, en la orientación de los compañeros más jóvenes. Los Congresos XIV y XV tuvieron la tarea de ir materializando aquellos acuerdos del XIII Congreso”, puntualiza Silvio Jova, historiador del movimiento sindical cubano.

Lázaro Peña vive hoy multiplicado en los millones de

hombres y mujeres que en Cuba, desde el taller, desde la fábrica, desde el surco, desde cualquier puesto laboral, lo recuerdan como el más genuino líder sindical. Con gran sencillez, humildad, y con un temple de acero fraguado en la lucha por reivindicar el lugar de los trabajadores, el legado de Lázaro forja el presente y futuro de la patria.

Al recordarlo este 29 de mayo en el aniversario 106 de su natalicio evocamos su ejemplar trayectoria y siempre lo inmortalizaremos como lo que fue: El Capitán de la clase obrera cubana.

III.Lázaro Peña y el sindicato que queremos

Alina Martínez

Mayo 2014

Hace poco le escuché decir a un dirigente sindical: a mí lo que me toca es defender a los trabajadores, y tenía razón pero solo a medias. Porque con la misma fuerza que actúe en la defensa de los derechos ha de reclamar el cumplimiento de los deberes. Así lo señaló Lázaro Peña y agregó que los dirigentes sindicales cumplen con su papel también cuando les dicen a los trabajadores que no se puede obtener lo que no seamos capaces de crear

No se trata solo de palabras sino de argumentos obtenidos a partir del conocimiento cabal del quehacer del centro, de la realidad del sector y del país, de las leyes laborales y de lo que piensan y sienten aquellos a los que ese dirigente sindical representa.

“Cuando el dirigente no tiene contacto con la masa, contacto vivo, señaló Lázaro, se entera poco de los derechos, porque de los derechos se habla en la masa; cuando su contacto diario y vivo es solo con la dirección, entonces siempre se entera de los deberes, porque los deberes emanan principalmente de la dirección”; de ahí que la relación deba ser con ambas partes, de manera permanente.

En el caso de sus vínculos con la administración, le corresponde una doble tarea: cooperar con ella, porque es la encargada de administrar los bienes de los trabajadores como dueños de los medios de producción, “nuestra administración”, como la llamó el Capitán de la clase obrera, y a la vez, ser un celoso vigilante de su comportamiento para ayudarla a superar sus debilidades y errores.

Tales responsabilidades reclaman de los sindicalistas a todas las instancias cada vez más una mayor preparación que no se logra únicamente en cursos sino en el batallar diario en contacto con los problemas, porque no se concibe un dirigente sindical que asista a un consejo de dirección solo para “calentar el asiento”, sino para aportar en el análisis de los asuntos que allí se expongan y después debatirlos con los trabajadores en su escenario natural: la asamblea o el día a día.

¿Cómo lo hacía Lázaro? Así lo describió el veterano dirigente sindical Luis Martel Rosa: “Llegaba sonriente a una asamblea, hablando con los trabajadores que venían a saludarlo. Entraba alegre, jodedor, metiéndose con la gente, porque conocía a muchas personas. Nunca lo vi responder en mala forma (...) Nunca interrumpía a nadie. Dejaba que cada compañero hablara, y después iba deshojando las cosas que

no tenían un contenido apropiado, que afectaban a la economía, al país, a los trabajadores; e iba convenciendo”.

Como señaló Lázaro, al sindicato le son ajenos los procedimientos coercitivos, impositivos, porque cuando se aplican, reflexionaba, el resultado es que una parte de los trabajadores si no votan con las manos lo hacen “con los pies”, o sea, adoptan una actitud indiferente ante las tareas y “todos los días hacen lo que quieren y no lo que nosotros quisiéramos que hicieran”.

¿Se cometen desaciertos en el empeño por avanzar? Lázaro demostró que esas equivocaciones coyunturales hay que enfrentarlas con valentía y realismo. Lo hizo él mismo durante el proceso previo al XIII Congreso de la CTC, al convencer de la necesidad de derogar la Ley 270, concebida para premiar con el 100 % de su salario a determinados trabajadores cuando se jubilaran, cuya aplicación se distorsionó al punto de que resultaba insostenible económicamente para la nación.

Sobre ello nos entregó una medular reflexión: “Luego de nuestras decisiones no faltarán los que dirán: Y si estaba mal. ¿Por qué lo hicieron? Y tenemos que contestarles (...) que los errores que hayamos cometido, (...) son mínimos si se comparan en el camino glorioso de haber sacado en la breve existencia de nuestra Revolución, a nuestro país de la condición de semicolonias y convertirlo en el primer país socialista de América”.

Y subrayó algo que mantiene absoluta vigencia: “Nosotros podemos rectificar errores pasajeros como esos, lo que no podrán rectificar jamás los imperialistas, es que ya no mandan en este país (...) Eso es lo que no tiene vuelta, lo que no tiene rectificación”.

Corresponde hoy más que nunca a los dirigentes sindicales estar atentos a las posibles causas de los tropiezos para ayudar a solucionarlos a tiempo; junto a ello, deben sentirse responsabilizados y alentados por los éxitos, como expresó Lázaro, quien con su excepcional magisterio les mostró las claves para avanzar: los deseos de hacer, la capacidad de sobreponerse a las dificultades y la confianza en el porvenir.

IV. Lázaro Peña a las puertas de un Congreso

Alina Fernández

Marzo 2018

Me remonto 45 años atrás, a un momento similar al que están viviendo los colectivos laborales de todo el país. Entonces los trabajadores se encontraban inmersos en los análisis previos al [XIII Congreso de la CTC](#). Ahora, tras la lectura y discusión de la [Convocatoria a su cita XXI](#) y como parte del proceso orgánico de la [Central](#), se efectúan las conferencias municipales.

Si en aquellos tiempos yo hubiese sido graduada de Periodismo, tal vez me habrían dado la misión de entrevistar a Lázaro Peña para [Trabajadores](#); sin embargo, las preguntas que entonces le hubiese podido hacer, él mismo podría responderlas hoy con lo expresado en las innumerables intervenciones que realizó en plenarias y asambleas de los más diversos sectores durante aquel histórico año de 1973, cuando el justamente llamado Capitán de la Clase Obrera cubana se entregó por entero al fortalecimiento del movimiento sindical.

Se me antoja imaginarme en un receso de una de esas reuniones acercándome a Lázaro con mis inquietudes y este, campechano y siempre dispuesto al diálogo, alentarme con su voz enronquecida y una sonrisa: “A ver, periodista, ¿qué quieres saber?”. Y como respuesta, apremiada por el breve tiempo de que disponíamos, lanzarle mi primera interrogante:

¿Qué importancia le concede a las discusiones en la base, previas al Congreso?

Al Congreso llegaremos con la discusión más amplia, más democrática que haya habido en toda la historia del movimiento sindical en nuestro país. Que la gente discuta, que la gente opine, que la gente hable. Que hablen todos los trabajadores y oírlos a todos con respeto. Discutir ideas falsas si las tienen, para rechazar esas ideas falsas. Escucharlos a todos con atención porque de todos puede venir una idea justa.

¿En su opinión, cuál es el papel que les corresponde a los sindicatos en la actual coyuntura?

Nuestros sindicatos tienen que ejercer una función de contraparte con nuestra administración. La administración enfoca las cosas con carácter administrativo, nosotros tenemos que enfocarlas con carácter sindical, ella tiene que administrar y nosotros tenemos que representar los intereses de los trabajadores como asalariados y como dueños de la producción.

Consiguientemente en ese doble carácter tenemos que actuar pero la empresa tiene que tener facultades de decidir y nosotros, el deber de alertar y de propugnar la rectificación de lo que sea erróneo, pero, al actuar, no olvidemos que no es la administración de los patronos, que es nuestra

administración, hay también que cooperar con nuestra administración.

Entonces la capacitación de los dirigentes sindicales es fundamental en esta etapa...

Se habla de muchas cosas: costo, calidad, controles, asambleas de producción, de gente que sepa, etc., etc. Bueno, tenemos que aprender todo eso, ir a los consejos de dirección y no ser allí una figura decorativa, porque cuando se llega a los consejos de dirección, si no se quiere ser una figura decorativa, hay que saber de qué se trata.

¿Podría decirnos la posición de la CTC respecto al salario?

En fórmulas precisas ha de plasmar nuestro Congreso la decisión de los trabajadores de poner en vigencia el conocido principio marxista de que en la sociedad socialista ha de retribuirse a cada uno según la cantidad y calidad de su trabajo y debe exigírsele que contribuya con la sociedad de acuerdo con su capacidad.

¿Qué métodos deben caracterizar a la labor sindical?

El dirigente sindical tiene que empeñarse en aprender, tiene que decidirse a convencer; los métodos coercitivos son ajenos al dirigente sindical, su deber es persuadir, su deber es unir, su deber es ganar, su deber es convencer a todos los trabajadores y su deber es levantar la autoridad del movimiento sindical cubano. Necesita la Revolución, necesita el Partido, una organización sindical en que opinen, piensen, voten, expresen su palabra, su idea, su proposición y encuentren respeto para ella todos los trabajadores, todos los trabajadores sin excepción.

| Fuente: Miranda Fernández, Lucinda. Lázaro en el XIII Congreso. (Fragmentos de intervenciones en asambleas de

discusión de las tesis del XIII Congreso de la CTC, en diálogo directo con los trabajadores, Ediciones David 2011)

V.Lázaro Peña, inolvidable Capitán de la clase obrera cubana

Martha Gómez Ferrals

Marzo 2019

Lázaro Peña falleció el 11 de marzo de 1974, en su puesto de trabajo y en el cumplimiento del deber, tal y como hizo siempre, desde sus tiempos de “bríos juveniles con madurez de veterano” –como afirmara Villena de él-, a pesar de hallarse muy enfermo en sus últimos días.

Había nacido el 29 de mayo de 1911, en la habanera barriada de Los Sitios, de origen muy humilde por su condición de pobre y negro. Pero el niño Lázaro, que quiso temprano ser violinista y no pudo lograrlo, traía una estrella y una energía que bien pronto empezaron a crecer hasta convertirlo en un descollante combatiente cubano, de integridad a toda prueba.

Saliendo de la adolescencia, a los 18 años, se afilió el Partido Comunista de Cuba en 1929, organización ilegalizada por el tirano Gerardo Machado, fundada por Julio Antonio Mella y Carlos Baliño en 1925, el mismo año de ascenso al poder de quien sería un sanguinario tirano.

Dentro del clandestino partido el joven repartió proclamas y participó en protestas. Ya 1934 integró su Comité Central, y fue electo como Secretario General del Sindicato de Tabaqueros y miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO).

El activo joven Lázaro se había incorporado al sector del tabaco casi desde la niñez, pues solo pudo cursar hasta el tercer grado y a partir de los 10 años tuvo que buscar la manera de ayudar al sustento de su familia, tras el fallecimiento de su padre, de oficio carpintero y eventual albañil.

Al principio, él intentó trabajar en los oficios de su progenitor, pero más tarde siguió los pasos de su madre, una humilde despalilladora del tabaco. El oficio aprendido en la confección de puros habanos le gustó mucho y siempre que podía volvía a practicarlo, incluso cuando sus deberes y responsabilidades eran otras.

La fecha de su natalicio, el 29 de mayo, no es por gusto la elegida por los tabacaleros cubanos para celebrar su Día, en homenaje al ineludible combatiente por sus derechos.

Retomando el hilo de su trayectoria, Lázaro tuvo una relevante participación en la huelga general revolucionaria de marzo de 1935, última movilización de peso de la revolución de los años 30.

Tal implicación lo hizo padecer encarcelamiento. Una vez en libertad se dedicó con carácter protagónico a organizar y movilizar a los sufridos obreros cubanos. De tal empeño surgió la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), cuya aparición se señala el 28 de enero de 1939. Por supuesto, fue electo secretario general.

Su carácter franco y jovial, su marcado gusto por la música, la cultura en general, la pelota y el boxeo, su preocupación por la justicia e incesante espíritu de superación e instrucción, autodidacta, le daban un carisma indiscutible, por lo cual se ganaba el cariño y aprecio de todos. Sin embargo, desde las

tribunas obreras su verbo era crítico e implacable, muy valiente, contra los opresores e imperialistas.

Un ejemplo fue su denuncia con nombre y apellidos del asesino del líder azucarero Jesús Menéndez, desde el mismo Manzanillo, donde fue ultimado el mártir combatiente.

No solo en bien de la clase obrera cubana trabajó Lázaro Peña por aquellos años. Fue uno de los gestores principales de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), fundada y con sede en México en 1938. También, al crearse la Federación Sindical Mundial (FSM), en 1945, figuró entre los creadores y desde entonces integró su Comité Ejecutivo. Resultó secretario y vicepresidente en 1953.

Llegados los también turbulentos años 40, su lucha tuvo que ir más allá del antiimperialismo, a favor del ideario marxista y los justos derechos de los obreros. Tuvo que oponerse firmemente a los desmanes de los gobiernos auténticos (1944 - 1952), los cuales crearon el engendro del mujalismo, usando a partir de 1947 a Eusebio Mujal.

Esa práctica minó la unidad del movimiento obrero, de manera forzada, mediante una camarilla impuesta desde adentro al movimiento obrero en la dirección de la CTC, que representaba los intereses de los dueños y explotadores. Su enfrentamiento fue vertical y reclamó desafiar peligros de muerte, por los métodos criminales y gansteriles que se usaron contra los obreros.

Lázaro Peña siempre estuvo en el centro de los peligros y el combate e hizo una gestión constructiva, de reclamo, en pro de innumerables legislaciones que favorecieran a los obreros y trabajadores, incluyendo a los del sector artístico y cultural, ámbito por el cual sentía un afecto e inclinación especial, tal

vez por su sueño de niñez –ser violinista- frustrado. El tirano Fulgencio Batista no le permitió su ingreso a Cuba, en octubre de 1953, cuando regresaba de un congreso sindical celebrado en Viena. Con el triunfo de la Revolución, se incorpora de nuevo, como un soldado más, a la reorganización del combativo movimiento sindical de la Isla.

En 1961, durante el XI Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, fue electo Secretario General hasta 1966. Constituyó este un período en el cual, además, trabajó a nivel internacional contribuyendo a la fundación de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) y de la Federación Sindical Mundial (FSM). A comienzos de 1973 fue designado jefe del Departamento de Organizaciones de Masas en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, organismo del cual había sido integrante, por sus relevantes méritos históricos, desde su constitución en 1965.

A pesar del agravamiento de la enfermedad que lo llevó a la tumba, dedicó sus últimas energías a preparar el XIII Congreso de la CTC, en el que tuvo una participación medular. En su funeral, Fidel Castro resaltó su entrega abnegada y dijo que en ese momento no se iba a enterrar un muerto en propiedad: “Vinimos a depositar una semilla”. Una semilla que siempre fructifica.

VI. Lázaro Peña. La fuerza de su legado

Felipa de las Mercedes Suárez

Marzo 2019

Lázaro Peña González, eterno Capitán de la Clase Obrera, fue de esos hombres de los que José Martí dijo que hasta después de muertos dan luz de aurora. Así lo demuestran las opiniones de cuantos tuvieron la oportunidad de trabajar a su lado en diversas etapas de su quehacer como principal conductor del movimiento sindical cubano.

Entre estos figura Faustino Calcines Gordillo, fundador de la CTC ya desaparecido, quien afirmaba que entre sus enseñanzas ocupa lugar primordial la de defender la unidad y el derecho de los trabajadores, y su intensa labor educativa y aleccionadora, pues escuchaba con suma paciencia cualquier criterio, así como su capacidad de razonar y convencer, características que hicieron de él un ejemplo de lo que debe ser un dirigente sindical.

Según Luis Martell Rosa, durante muchos años secretario general nacional de los azucareros, los que ocupaban responsabilidades dentro del movimiento sindical Lázaro les recordaba continuamente lo imperativo de prepararse, estudiar e ir adonde se encontraban los trabajadores, hablarles y relacionarse con ellos; buscar sus partes positivas y reflexionar en colectivo hasta persuadirlos de lo que se les plantea, de la justeza del socialismo, del trabajo, de la honradez, del cumplimiento de la tarea asignada a cada cual.

Recordó Martell que Fidel calificó a Lázaro de maestro cuando algunos compañeros jóvenes le expresaron que a su

lado habían aprendido más durante los preparativos del XIII Congreso de la CTC, que en toda su vida como dirigentes.

Esto se explica porque, como asegura Alfredo Suárez Quintela, por mucho tiempo secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores del Transporte, no solo decía lo que había que hacer, sino que enseñaba cómo hacerlo. Y añade que como todo le interesaba, las reuniones con él eran largas, pues las dedicaba a ver cuantos problemas hubiera.

Dos momentos significativos tuvo Lázaro Peña en su quehacer sindical: el primero, cuando en 1935 el Partido Comunista le dio la misión de reconstruir el movimiento obrero, desmembrado y tenazmente perseguido tras la huelga general de marzo de ese año. Entonces centró su tarea en la lucha por la reposición de los desplazados, y en la creación y mantenimiento de una central única de trabajadores, período en el cual devino forjador de cuadros sindicales al contar con un considerable grupo de jóvenes dirigentes comunistas, entre los que se encontraban Jesús Menéndez, Aracelio Iglesias, Miguel Fernández Roig, Juan Taquechel, Ursinio Rojas, Justo Tamayo, Julián Sotolongo, Manuel Suárez, José María Pérez y Segundo Quincosa, en unión de quienes en enero de 1939 fundaron la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC).

El segundo momento comenzó cuando, el 19 de mayo de 1970, Fidel llamó a “(...) rectificar errores, orientar, definir, establecer el papel que corresponde en la construcción del socialismo a las organizaciones obreras (...)”, con el objetivo de eliminar el debilitamiento provocado por la desaparición de las organizaciones sindicales tras la celebración del XII Congreso, en 1966, el cual, en opinión de Fidel, privaba “a la Revolución de su más poderoso instrumento productivo, de su más poderoso brazo, de su más poderosa base en el

proceso productivo”.

Acerca del desarrollo de ese proceso, que culminó con la celebración del XIII Congreso de la CTC, en 1973, Roger López de la Cruz, quien trabajaba junto a Lázaro Peña, señala que el cumplimiento de aquella misión, la cual considera su “obra más elaborada”, requirió del eterno Capitán de la Clase Obrera cubana un supremo esfuerzo, en el que se apoyó en toda su experiencia como dirige

VII. Lazaro Peña, el héroe que nos acompaña

Alina Martínez

Marzo 2020

Consulto la edición especial que publicó nuestro periódico con motivo de la desaparición física del justamente llamado Capitán de la Clase Obrera Cubana, aquel 11 de marzo de 1974, para recordar un detalle que no siempre se menciona: la Resolución del Comité Nacional de la CTC que le confirió *post mortem* el Título de Héroe Nacional del Trabajo, “como reconocimiento a su condición de comunista, conductor y maestro de cuadros sindicales”.

Lázaro Peña le acababa de entregar a su pueblo una obra colosal en la que volcó toda su experiencia anterior de dirigente, desde que fundó la CTC en 1939.

Se trataba del [XIII Congreso de la CTC](#), que constituyó la culminación de un proceso en el que cumplió magistralmente la tarea de revitalizar el movimiento sindical, muy debilitado por decisiones erróneas.

Así lo orientó Fidel Castro: “Rectificar errores, orientar, definir, establecer el papel que corresponde en la construcción del socialismo a las organizaciones obreras (...)”.

Lázaro consiguió que el Congreso se convirtiera en la discusión más extensa, democrática, profunda y aleccionadora de toda la historia del sindicalismo cubano.

Muestra de su alcance fue que se realizaron más de 40 mil “congresos” a nivel de centro, con una duración promedio de siete horas y más de un millón y medio de participantes.

Ello contribuyó a que los trabajadores pensaran como país, aun cuando ello significara renunciar a algunos beneficios como fueron la Ley 270 que establecía la jubilación con el ciento por ciento del salario, medida que inicialmente pretendió estimular a los más destacados, pero que fue generalizándose hasta abarcar a más de medio millón de trabajadores, y el llamado salario histórico, que respetaba sueldos altos en determinados sectores y los del personal calificado que en procesos de racionalización pasó a ocupar puestos de menor remuneración.

Ambos contradecían la fórmula de Marx “de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo”, defendida por Lázaro en el Congreso, y con su inmenso poder de persuasión logró lo que para muchos parecía imposible: que los trabajadores, después de discutir ampliamente sobre el tema, aceptaran conscientemente la derogación de lo que constituía una insostenible carga para la economía.

En relación con la necesidad de rectificación, comentó en la asamblea de discusión de las Tesis del XIII Congreso en Cubana de Acero, donde se efectuó la primera de estas

reuniones: “No faltarán los que dirán: ¿Y si estaba mal por qué lo hicieron? Y tenemos que contestarles (...) errores como estos que tenemos que superar son mínimos si se comparan con el camino glorioso de haber sacado en la breve existencia de nuestra Revolución, a nuestro país de la condición de semicolonias y convertirlo en el primer país socialista de América”.

[Blas Roca](#) relató en una ocasión que muchísimas asambleas las comenzó con todo el mundo en contra y cuando terminaba era aclamado por todos.

Otro de sus contemporáneos, el intelectual Juan Marinello, habló del sorprendente contrapunto entre la firmeza y la comprensión, entre el ímpetu y la sonrisa. Intransigente en la aplicación de los principios, resaltó, fue Lázaro una expresión exacta y culminante de nuestro genio popular.

Y vale recordar lo expresado por el Poeta Nacional Nicolás Guillén, sobre el sentido fino, delicado, realmente cortés que tenía Lázaro para presidir una asamblea, para dirigir un debate, para aclarar un concepto yendo a la raíz, sin herir susceptibilidades, lo que le permitía encauzar la discusión como con mano de hierro bajo guante de seda.

Asistió a todas las plenarias provinciales previas al Congreso y a una gran cantidad de asambleas y en esas discusiones francas, libres y democráticas, logró ganarse la confianza de los trabajadores y de los dirigentes sindicales.

El resultado de esa intensa actividad que desplegó, a pesar de su ya precario estado de salud, fue el esperado, como lo señaló en el informe al Congreso: que en cada asamblea en vez de tendencias economistas y de estrechez de miras imperó la voluntad colectiva de anteponer el interés social al

personal, convencidos los trabajadores de que la solución de los problemas de uno vendría de los éxitos del esfuerzo de todos, del desarrollo general de la economía.

Recordemos algunas de las preguntas formuladas por él en la plenaria que precedió al Congreso efectuada en el teatro Principal de Camagüey el 28 de agosto de 1973: “Hay que mirar, dirigentes sindicales, a la economía. Nuestra vista tiene que ponerse centralmente en la producción”, pero ello no bastaba: “(...) cumplir el plan tiene que seguir siendo nuestro objetivo; pero ha llegado la hora de saber: ¿Cuánto cuesta cumplir el plan? ¿Cuánto cuesta producir un peso? (...) ¿Cuánto nos propusimos ahorrar y cuánto ahorramos? (...) Cuáles son los objetivos de calidad que nos proponemos en la fábrica? ¿Cómo se mide? ¿Cómo se compara? ¿Cómo se sabe? (...) entonces así se sabe qué se va a ahorrar, qué se va a hacer para elevar la calidad, qué es lo que nos proponemos conseguir concretamente en cada sector”.

Ante ese mismo auditorio abordó la necesidad de la capacitación de los dirigentes sindicales: “La dirigencia de nuestro movimiento sindical tiene que ir cambiando el concepto de su organización, adjuntos a nuestro comité dirigente, tienen que ir apareciendo economistas, juristas, que nos fundamenten los criterios económicos, que nos interpreten la legislación, que nos conformen nuestras iniciativas”.

Y sobre la calidad de las asambleas sindicales dijo en la discusión de las Tesis del Congreso en el hotel Habana Libre en ese propio mes: “Tiene que ser una asamblea preparada, con objetivos determinados, con el calor y la presencia del Partido, de la juventud, de la sección sindical, de la administración. Hay que estarla preparando días antes que se

celebre (...) hay que saber lo que se va a proponer, hay que oír a los trabajadores (...) hay que tomar en cuenta lo que la gente dice”.

Pocas veces se recuerda la labor de Lázaro después de concluido el Congreso, que tuvo que realizar desde la clínica donde ingresó ya de forma permanente.

En su agenda de aquellos escasos meses que transcurrieron hasta su fallecimiento se registraron reuniones de la comisión encargada de implementar los acuerdos del Congreso; despachos con los dirigentes de las provincias y de los sindicatos nacionales; su preocupación por la vinculación de la norma con el salario; por la marcha de la zafra; por atender las necesidades de calzado de los cañeros y linieros; por la situación de los jubilados...

Se acercaba el Primero de Mayo y según sus más cercanos colaboradores posponía la creación de la comisión organizadora porque no quería delegar en nadie los preparativos y aspiraba compartir con los trabajadores y el pueblo esos festejos.

La muerte le impidió cumplir ese anhelo.

VIII. Lázaro Peña, el luchador y su simiente

Martha Gomez Ferrals

Marzo 2020

A pesar de estar muy enfermo, Lázaro Peña, el legendario capitán de la clase obrera cubana, pasó los últimos momentos de su vida entregado de lleno a los preparativos del histórico XIII Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, y solo su muerte, fechada el 11 de marzo de 1974,

pudo detener la consagrada entrega de ese líder de origen humilde que había nacido para luchar por la justicia.

Fidel declaró en su entierro que no se sepultaría un muerto, sino que iban a depositar una semilla, tan convencido estaba de que aun después de la desaparición física del combatiente su ejemplo y la influencia de su obrar seguirían inspirando a los que vendrían.

Era realmente Lázaro Peña un dirigente ejemplar por su ética y su impronta, dueño además de un gran poder de convocatoria, basado tal vez en esa imagen de pueblo, sencilla y noble, que siempre transmitía.

Nació en la humilde barriada habanera de Los Sitios el 29 de mayo de 1911, hijo de una despalilladora de tabaco y un padre carpintero y albañil eventual, quienes influirían mucho en su formación, sobre todo la progenitora.

Huérfano de padre a los 10 años tuvo que dejar la escuela pública para buscar trabajo y ayudar a sostener la familia. Guardó sus sueños infantiles de ser violinista y probó suerte en la albañilería, plomería, hasta que llegó a una fábrica de tabacos, por la influencia materna.

Se sintió atraído por las lecturas de tabaquería, una práctica cultural muy arraigada en ese sector y eso le permitió, debido a su empeño y fascinación por los libros, ampliar sus conocimientos y horizontes. Temprano empezó a conformar el gran acervo cultural que llegó a tener gracias a su esfuerzo autodidacta.

El niño, el adolescente y luego joven Lázaro, compartía además su notable afición por la música cubana –que lo acompañó toda la vida- con las actividades de reclamo, protestas y accionar sindical, que fueron signando su

evolución política hasta hacerlo, ya en 1929, miembro del clandestino Partido Comunista de Cuba, fundado por Julio Antonio Mella y Carlos Baliño pocos años antes.

Las luchas contra la dictadura de Gerardo Machado lo foguearon aún más como líder sindical obrero, con participación en huelgas, mítines, y la organización de sindicatos muy activos en la exigencia de mejores salarios y derechos laborales. Comenzó a ver el nexo entre las injusticias y crímenes del machadato y los designios imperiales de Estados Unidos. Su enfoque antiimperialista nació en esas luchas.

En 1934, cuando ya era miembro del Comité Central del primer Partido Comunista, es electo secretario general del Sindicato de los Tabaqueros y miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO).

Como dirigente de la CNOO participó activamente en la huelga general realizada en 1935. Lázaro ya entonces también se interesaba no solo en organizar y buscar la unidad de los trabajadores cubanos, también abría su diapasón en el estrechamiento de vínculos con luchadores obreros de otras latitudes.

Esto le permitió ganar mayor experiencia y en 1939 funda la Confederación de Trabajadores de Cuba, luego denominada Central (CTC), de la cual fue secretario general.

Lázaro Peña ganó el derecho de ser delegado a la Asamblea Constituyente de 1940, algo que habla mucho del prestigio y la labor eficaz que había desplegado ese hombre tan modesto y humilde.

Ya en 1945 participa en la fundación de la Federación Sindical Mundial (FSM), de la cual fue parte de su ejecutivo,

al ocupar una de sus vicepresidencias y ser también su secretario.

En 1947 y en 1952 tuvo serias pruebas de fuego en el enfrentamiento al Mujalismo, una variante reaccionaria que los gobernantes y oligarcas habían introducido en el movimiento obrero para dividirlo y minarlo.

El dictador Fulgencio Batista impidió su retorno al país en 1953, cuando volvía de la III Conferencia de la FSM, celebrada en Viena.

Con el triunfo de la Revolución, Peña volvió a la conducción de la CTC, permaneciendo en ese cargo hasta 1966, cuando pasó a ser Jefe del departamento de Organizaciones de Masas en el Comité Central del Partido, fundado nuevamente en 1965.

